

Mariano Picón-Salas

Gabriela Mistral (*)



COMPARAR a Gabriela Mistral con Santa Teresa resulta demasiado fácil, ya que las dos trabajaron en el idioma como en una vasta tela familiar donde la fuerza de la expresión y el animoso impulso interior superan todo remilgo, y ambas también han llamado a Dios con insistencia desde el fondo de una femineidad tan concreta que contiene simultáneamente la pasión y la ternura, el combate y el arrobó. Pero mientras que el Dios de Santa Teresa se recrea en el orden del mundo como un buen labrador ante su cosecha, el de Gabriela está sentido con profunda angustia y ella le dispara, alternativamente, sus flechas de hondera indígena y sus imprecaciones del Antiguo Testamento. El paralelo, por otra parte, tocaría los límites de la herejía porque Teresa es una santa y en cuanto a Gabriela ignoramos que lo sea o quiera serlo y porque, además, ambas son expresiones de dos épocas antitéticas que sólo superficialmente podrían parangonarse. Teresa vive en una época de "fundaciones", de fe ardiente, cuando aún es posible erigir para la alta caballería de Dios "moradas" o castillos roqueros espirituales, mientras que Gabriela expresa más bien la ima-

(*) Hace diez años, cuando Gabriela Mistral recibió el Premio Nobel de Literatura, escribió sobre su obra Mariano Picón-Salas las líneas que van a leerse. La inserción de ellas se justifica en este momento en que todo el mundo de habla hispana llora la muerte de la gran poetisa.

gen de un mundo de "desolación". Es demasiado mujer, demasiado fuerte y altiva para doblegarse y toda su poesía es el testimonio de una noche de lucha con el Arcángel. No quiere llorar y la poesía se le hace nudo, y más que el lirio blanco o azul de la lírica amorosa —la "Vita Nuova", Petrarca, Garcilaso— aprieta en las manos su cardo que la desuella y casi prefiere el sudor y la sangre a las vencidas lágrimas.

Se destacó de inmediato porque, en realidad, su canto no tenía semejanza con el de ninguna otra poetisa de lengua española. No se parecía a la de Avellaneda, esa especie de Reina de Saba de las Antillas, toda pedrería, todo fulgor romántico, ni tampoco a la íntima y dulce Rosalía de Castro. Era también distinta a sus grandes contemporáneas hispanoamericanas la Agustini, la Storni, la Ibarbouru. Aunque partía como un epígono del movimiento modernista, se deshizo pronto de esas ataduras demasiado floridas del modernismo y canta con voz trágica, de color sordo, que prefiere el oscuro treno a la clara melodía. Angustia y expresión más que decoración prevalecen en su arte, y el afán de veracidad la conduce saltando por sobre todos los virtuosismos contemporáneos a la poesía de los profetas. Se tiende en las metáforas bíblicas como Ruth en el campo de trigo de Booz o como Judith en la tienda guerrera de Holofernes:

*Ruth moabita a espigar va en las eras,
porque no tiene ni un campo mezquino.
Piensa que es Dios dueño de las praderas
y que ella espiga en los predios divinos.*

*El sol caldeo su espalda acuchilla,
baña terrible su dorso inclinado;
arde de fiebre su leve mejilla
y la fatiga le rinde el costado.*

La palabra más que adorno pasa a ser en ella —como en ningún otro poeta hispánico contemporáneo, si exceptuamos a Unamuno— símbolo o rito religioso. No quiere ser elegante ni refinada y se le siente tocar la tierra y acercarse con sus duros y sencillos zapatos de maestra rural. Flores humildes; paisaje de tierra seca que provoca la sed y donde la dulzura —como en las chumberas— viene envuelta en espinas; árboles achicharrados por el polvo y el sol del verano, pero donde todavía subsiste un nido; landas de Patagonia donde mueren en helada desolación los últimos mares del mundo; mujeres mestizas que arrastran su cansada gravidez, son un poco el tema y el paisaje de su poesía. Y aquella como niña frustrada y aquella como maternidad de las mujeres que no tuvieron hijos y vuelven con nostalgia a su perdido paraíso de rondas, de arrullos de cuna, de aro y danza infantil:

*¿En dónde tejemos la ronda?
 ¿La haremos a la orilla del mar?
 El mar danzará con mil olas,
 haciendo una trenza de azahar.*

*¿La haremos al pie de los montes?
 El monte nos va a contestar.
 ¡Será cual si todas quisiesen,
 las piedras del mundo cantar!*

Pero otra Gabriela está imponiendo a la vez, en esta civilización que quiere hacerse cómoda y olvidadiza, la permanente vigencia de la tragedia:

*No te vale olvidarlo como al mal pensamiento:
 ¡le tendrás que escuchar!*

.....

*No te vale el decirle que albergarlo rehusas:
 ¡lo tendrás que hospedar!*

.....

*No te vale ponerle gesto audaz, ceño grave:
¡lo tendrás que hospedar!*

... ..

*Ciencia humana te salva, menos ciencia divina:
¡le tendrás que creer!*

... ..

*Echa a andar, tú le sigues hechizada aunque vieras
¡que eso para en morir!*

Históricamente, Gabriela encarna una hora de revelación de la mujer hispanoamericana. Ella no es ya la princesa neurótica del peor decadentismo, ni aquella alma borrosa y sumisa, serafín que apenas roza la tierra, de la falsa idealización romántica. Le ha dado al trabajo humano, a la mujer labriega, la mujer madre o la mujer maestra, aquella cuyas manos se agrietaron y cuya frente se arrugó en la fatiga y fidelidad de su tarea, una dignidad y un ennoblecimiento que es como el signo moral de su poesía. El alma mestiza de América en contradictorio sedimento de esperanza y melancolía, de cansancio y espanto cósmico, de soledad y de rebelión, canta en ella con la desnudez y desgarramiento de un arte incisivo, a veces roto, siempre ávido de llegar a la más hendida raíz del dolor y la angustia. Como insistente *leit motiv*, más allá de la pena íntima, su poesía expresa también la pena colectiva. Gabriela es indoamericana como una roca de los Andes o un palmar del Caribe; le sopla siempre este viento de inquietud social, de ansia de crecer y sobrevivir, que es el clamor de nuestros dispersos pueblos de la América española. Su poesía es, entonces, no sólo canción sino conciencia racial. Lleva siempre consigo una preocupada maternidad de pueblos. Y le dejamos que hable y ore por nosotros, por nuestras tierras y nuestras gentes, porque es entre las mujeres de América la que merece mejor su nombre de Sibila.